Vincent Aleicandre en su vocación comunicativa

Autor(en): **Comincioli, Jacques**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **9 (1986)**

PDF erstellt am: **28.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-256527

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

VICENTE ALEIXANDRE EN SU VOCACIÓN COMUNICATIVA*

Muy dispares vidas llevan los poetas...

Unos precisan exaltarse en revoltosas peripecias, rebuscar tan repentinos como frecuentes cambios de rumbo. Actúan como hechizados por algún imperativo e ineludible desgaste vital que les compeliera a consumirse en un sin fin de aventuras contrastantes no siempre acordes, ni siquiera con los ideales propugnados en sus obras. Agresivos, acometen al mundo, se vuelcan sobre él con el inquietísimo afán de amaestrarlo, de dominarlo a través de su fulgurancia y dinámica.

Con delicada ponderación, otros se afanan discretos, como amparándose casi del alboroto que agita la vida ordinaria. En apariencia viven como sometidos a una disciplina interior que rigiera las manifestaciones de su ser y les impidiera, en virtud de su poder centrípeto, desparramarse en actuaciones sobradamente inútiles, por fugaces, o frívolas, por mundanas. Ellos se adueñan del universo por su aguda sensibilidad e ingeniosa intuición, siendo más bien catadores que cazadores, destiladores que provocadores.

Así es como a los primeros de algún modo se les podría calificar de poetas de capa y espada, mientras a los segundos convendría definirles por contraste como poetas de cámara, sin que esta dicotomía implique cualquier valoración previa de su arte.

* Por razones completamente ajenas a la voluntad de la redacción de VERSANTS, el presente artículo se publica dos años después de su composición. Nuestros lectores comprenderán por qué en él Vicente Aleixandre vive todavía su vida física, además de su poética inmortalidad. El comentario a la poesía de Vicente Aleixandre se convierte así en el elogio funeral del que en vida fue Premio Nobel de Literatura.

A pesar suyo, debido a una grave enfermedad crónica y a su consiguiente estado de salud precaria, Aleixandre pertenece forzosamente a la segunda categoría de poetas. Pero, por ser precisamente debido a esta accidental necesidad, se manifiesta en él un extraordinario contraste entre su debilidad meramente física y ese prodigioso ímpetu vital que le lleva a enfocar el mundo/universo como en un estado de fusión perpetua, de la que el poeta mismo es el crisol. Parece como si todas las fuerzas que no podían encontrar su natural desahogo, al no exteriorizarse como lo facilitaría cualquier cuerpo sano, se reconcentrasen para dar lugar a este fenómeno de transustanciación tan característico de la actitud y actividad poéticas de Aleixandre.

Al obligarle a renunciar a llevar una vida normal y corriente, su débil estado físico determinará a Vicente Aleixandre a escoger un marco en el cual va a transcurrir la mayor parte de su vida. Y el sitio en que se desarrolla esta existencia singular acaba por constituir a lo largo de los años una correlación extrañamente bella que a cualquier adicto del poeta le resulta natural y familiar, casí osmosis entre el nombre mismo del escritor y el lugar donde él reside y elabora su poesía. El nombre de Velintonia suena a Aleixandre tanto como el de Aleixandre queda ya íntimamente vinculado con Velintonia para la posteridad.

¿Velintonia? ¿Nombre de qué? Sencillamente el nombre de la cortísima calle[1] en cuyo número 3 está sita la casa del poeta: allí, desde 1927 hasta ahora, Vicente Aleixandre vive en compañía de su familia. Velintonia, que, por la fuerza del destino, y por la naturaleza de su ocupante, es el ámbito nunca abandonado, sino con pocas excepciones como en 1939 – el tiempo de volver a levantar la casa destruida por la guerra – o cuando Aleixandre sale de veraneo a Miraflores de la Sierra, o para emprender algunos viajes por la península o al extranjero con el fin de dar unas conferencias y charlas.

Velintonia, donde, por la mañana, aislado, descansando en la cama, Aleixandre crea, ordena el vasto dominio de su obra poética, trabajando sin prisa, sin precipitación, con la paciencia de quien sólo se preocupa por la exacta maduración de la obra empezada, con todo el rigor de quien sólo repara en su desarrollo y armoniosa perfección. Desde *Ámbito*, su primer libro de

versos, publicado en 1928, hasta los *Diálogos del conocimiento* dados a la estampa en 1974. Desde que la interrupción de la carrera recién estrenada del joven economista y su sustitución por la creación poética constituyeron una salida menos extraña de lo que a primera vista parece cuando se sabe que, ya antes de los achaques de la enfermedad y después de unas charlas y discusiones con su amigo Dámaso Alonso, Aleixandre cultivaba el arte poético, escribía sus primeros versos y leía con avidez a poetas como Bécquer, Rubén Darío, Maragall, a Galdós, el esmerado novelista de los *Episodios nacionales*, el teatro clásico español así como a Schiller, Dostoïevski, Joyce y Freud.

Velintonia, residencia sosegada, silenciosa, cuya puerta tantísimas veces se ha abierto para dar paso a visitadores famosos o no, acogidos todos con la más delicada cortesía, con la simpatía más espontánea de parte del que no solamente es un gran poeta sino también un perfecto interlocutor y talentuoso conversador: empezando por los que con él han formado aquella otra deslumbrante generación literaria española, el célebre grupo de poetas amigos, llamado generación de 1927 – Federico García Lorca, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, fallecidos, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, aún en vida –; seguidos de todos los que pertenecen a las generaciones poéticas ulteriores (hasta los representantes más jóvenes de la más reciente lírica española) o de amigos y forasteros que Aleixandre suele recibir de preferencia por la tarde después de la siesta, ¡costumbre tan respetable (e imprescindible también) que ni siquiera el acontecimiento extraordinario que fue la noticia del otorgamiento del Premio Nobel consiguió perturbarla! De vez en cuando la reunión o entrevista se celebra en unos asientos de mimbre, colocados en el jardín – de hecho, más bien un patio bastante pedregoso, con unos árboles y escasa hierba, donde salta y corre el perro pelirrojo del poeta, pero desde donde la mirada alcanza espontáneamente en el amplio horizonte aquella sierra lejana, última ola azulada del inmenso mar petrificado de Castilla la Nueva. Lo más a menudo, el poeta se sienta con sus visitas en la biblioteca, ya al lado de la ventana a la luz del crepúsculo, ya cerca de la puerta en el sofá bajo la luz más dulce aún de la lámpara; y

allí con la mirada azul, chispeante de inteligencia cordial, Aleixandre presta a sus interlocutores – sean quienes sean – toda su atención, les escucha, les aconseja y anima, manifestándoles su amistad de hombre responsable, sin melindres, sobre todo sin usar del menor tono de superioridad, y humano, profundamente humano. De tal modo que, como escribió acertadamente Federico García Lorca, «... conversar con él es lamentar la despedida, es recibir mucho bien en el corazón y el llenarse de ventura y de paz».

Velintonia, donde – hay que poner atención en ello – Aleixandre no está profesando ningún magisterio, sino, al contrario, donde se ha instaurado por causa de circunstancias históricas, un diálogo permanente entre el dueño del lugar y sus amigos y colegas, entre él y todos los que la guerra civil y sus consecuencias turbaron despiadadamente, todos los que, en fin, ansiosos, se afanan por encontrar alguna razón de ser, de vivir. ¡No es porque Aleixandre tenga que dar lecciones a nadie, ni se considere como un sabio, ni mucho menos! Sencillamente porque, ante todo, con su obra y presencia representa uno de los pocos elementos de continuidad cultural del reciente pasado – aquellos años anteriores a la guerra en este caso. Pero también porque, terco en rechazar cualquier compromiso con la dictadura, incorruptible, de una probidad intelectual infrecuente (contrariamente a la de algunos de sus detractores), consecuente sin fallo, Aleixandre siempre se ha atenido a una línea de conducta ejemplar. No olvidemos que él fué quien amparó a Miguel Hernández, otro gran poeta casi de su generación, que murió en la cárcel y que le dedicó su obra más comprometida *Viento del pueblo*; que él ha escrito y publicado poemas de guerra, una elegía en prosa a la memoria de Federico García Lorca; que colaboró en *El Mono Azul,* una revista republicana muy virulenta; que, desde el fin de la guerra hasta 1944, estuvo proscrito, censurado, condenado al silencio; que sus libros estaban prohibidos y que de esa forma tuvo que padecer un exilio – digamos – interior que redoblaba aquél ya penoso, aunque accidental, de la enfermedad.

De los rasgos peculiares en esta correlación tan obligada como extraordinariamente desarrollada entre Velintonia – el lugar – y Vicente Aleixandre – el hombre que lo habita –, éstos son los que más se destacan y la evidencian. Así es Velintonia,

aunque forzoso, marco apaciguado de una vida entera dedicada al servicio de la poesía y, a través de ella, de los demás. Hogar en el sentido más extenso y profundo de la palabra: domicilio, refugio y centro de constantes intercambios, permanencia y foco de espiritualidad (una espiritualidad de ningún modo religiosa, sino más bien fruto de la más corriente de las manifestaciones continuas de la realidad: una irradiación no ritual, ni mucho menos dogmática, pero sí espontánea, natural – una manera de ser y de unir), celda y plaza para el hombre totalmente convencido de que hay una manera de ser que supera todas las contingencias personales e históricas. Lugar de esperanza sin exaltación, sin ilusiones; lugar de conciencia atenta tanto a los fenómenos y acontecimientos exteriores como interiores, alerta, en ningún modo propensa a la utopía, sino siempre a la ponderación sensible de sus datos; lugar donde se fomenta, gracias al sabio manejo y sutil empleo de los recursos disponibles (¡sensibilidad y meditación, imaginación y lenguaje!) y prescindiendo de los que las circunstancias descartan, la única simbiosis auténtica posible de un hombre con el mundo circundante tanto inmediato como lejano. Lugar, encarnación casi, de la pregunta obsesionante y compleja a la que Aleixandre ha intentado contestar con la mayor lucidez y sin huida: hombre y mundo/universo ¿qué son?

Paradójicamente y sin bromear, hay que declarar que la enfermedad ha sido saludable para Aleixandre en la medida en que, mientras le obligaba a llevar una vida fuera de las normas ordinarias y le impelía a una especie de exilio interior, el poeta ha sabido descartar el peligro inherente, la amenaza latente en tal situación. No se apiada de su propio caso. Lo asume. Y a partir de las circunstancias y condiciones que éste le impone, sin complacencia ninguna, afirmando una prodigiosa energía vital, infringe todas las restricciones e interdicciones consecuentes a su estado y desde la soledad infligida, desde el aislamiento opresor, en un arrebato inquebrantable, se lanza, recurriendo a una investigación subjetiva pocas veces igualada, al descubrimiento de la realidad humana y cósmica. Su obra es en primer lugar instrumento de combate, medio que él ofrece a su voluntad expresa de vencer cualquier obstáculo que impida el desarrollo de este conocimiento. Si no puede vivir como los

demás, acepta ser poeta de cámara sin ceder ¡no obstante! a la tentación de encerrarse en una torre de marfil. De Velintonia, donde los achaques del mal lo mantienen prisionero, él se escapa por la única vía que le facilita el alcance global del universo en el cual se encuentra inmerso. Todo su ímpetu, y aliento, todas sus fuerzas convergen en este dinamismo interior que es la pasión inacabable de su poesía. A las trabas de la enfermedad, Aleixandre opone su incansable empeño en cerciorar la relación fundamental del hombre y del cosmos (mundo/universo). Su obra poética radica en esta necesidad primaria, en este intento pertinaz, cada vez más agudo, de acercamiento nítido e indagación preclara de este vínculo irrecusable cuyo sentimiento parece como llevado al paroxismo por la extraña experiencia que de él tiene el poeta. Ahora bien, el afán cognoscitivo no prevalece a ningún concepto previo sino sólo a la evidencia de las fuerzas elementales que rigen tanto la vida del ser humano como la organización del cosmos. Al desenmarañar las apariencias, éstas orientan al poeta, le guían en el enfrentamiento inexhausto con la realidad que le impone el apego innato a las percepciones inmediatas de su contorno, sea cual sea su procedencia. El punto de arranque de esta poesía no se sitúa en alguna zona remota y vaga de la psique: está en el vivir. Su temática es «vivencia».

Los libros poéticos relatan una sucesión de vivencias trascendidas por el clímax en que la escritura las fija como referencias no ya estrictamente individuales (exclusivamente personales) sino más bien como elementos propios de un conjunto representativo de rasgos y características de la esencia misma del hombre. Desde *Ámbito* hasta *Diálogos del conocimiento,* cada uno de sus libros es el reflejo de una fase significativa de la realidad transitoria de las edades sucesivas del hombre, desde la juventud hasta la vejez. Cada uno marca una etapa progresiva en el proceso cognoscitivo global del poeta, como un paso firme dado por el hombre peregrino de la vida. Paso y también perspectiva prodigiosamente móvil, ya que se ofrece como el despliegue de sumados y certeros tanteos para circunscribir aquel núcleo esencial del que participan los plurales aspectos de una misma realidad contemplada. Porque lo que procura el poeta en sus libros no es nunca encontrar una solución a los problemas

sino sugerir que más allá de la realidad evocada (cosmos, universo y elementos, amor, vida y muerte, juventud, edad madura y vejez, individuo, sociedad, historia, cultura y conocimiento) tiene que esconderse una trasrealidad o infra-realidad que es la que importa. Ningún libro aleixandrino constituye una respuesta ni siquiera parcial a la problemática planteada; siempre se trata de una pregunta, de una propuesta hecha, de un haz de sugerencias ofrecido a su lector. La obra no tiene otro fin más que el de desvelar un conjunto de percepciones y visiones alentadoras, exploradoras, que abran una brecha hacia lo ignoto, a lo indicible ¡tan evidentes! Y conviene ya señalar un rasgo fundamental en la poesía de Aleixandre: que el poeta nunca evita las situaciones conflictivas, las contradicciones. Las enfrenta, jamás las aparta, ni las rechaza, porque *son* contrastes, divergencias y antagonismos. Y como tales están incorporadas a la materia prima del poeta, ya que lo que él intenta precisamente es equiparar cuantas diferencias caben dentro de este núcleo del que brotan – pese a las apariencias – o por lo menos donde tienen necesariamente que cruzarse. La dicotomía le fascina como señal manifiesta de una unidad intrínseca innegable. ¡No es que quiera hacer alardes de eternidad en su ansia por irrumpir en la esencia! Es que su meta única y fija, despiadadamente exigente, consiste en levantar el velo del misterio de la vida. Toda su poesía tiende a la aprehensión del principio existencial; su evolución entera no tiene más eje que el de la convicción de la primacía de la vida, omnipresente incluso en la materia aparentemente más inerte; su expansión progresiva corresponde a esa necesidad, tan insaciable como irrefrenable, de mantener, propagar y abarcar toda la vida. El poeta ha hablado a su amigo Dámaso Alonso del sentimiento que tiene de una especie de fuerza leonina inutilizada, de un amor del mundo que le exalta y le hace sufrir, siendo él un hombre en descanso. Esta «pasión de la tierra» es la que da esa extraordinaria viveza a su obra a la vez que la empuja hacia el ineludible y paciente reconocimiento de cuanto une y relaciona más allá de todas las diferencias. Hecho que implica pues la comunicación: comunicación concebida no únicamente como un acto de transmisión o como mero movimiento hacia el exterior, hacia una cosa u objeto extranjero, sino como verdadera reciprocidad y compenetración. En ningún caso se trata sólo de un sencillo vínculo

bilateral. Importan todas las conexiones, todos los intercambios probables, posibles o reales, establecidos y vigentes entre todos los elementos que constituyen el Universo. La poesía aleixandrina afirma la comunión activa del mundo: de ahí el doble aspecto materialista y existencial del proceso cognoscitivo de Aleixandre en el que gasta cuantos medios apropiados le proporciona su lengua para expresar esta funcional unidad. Es como surge, entre otros recursos significativos y característicos del estilo aleixandrino, esta ya famosa «o» alternativa que en el conjunto de su obra acaba por cobrar una peculiaridad bellamente simbólica ilustradora, semántica y semióticamente, de una visión global, que abarca en su círculo cerrado – cual ibérico ruedo típico – tanto la inexistencia de la nada absoluta como la eclosión inacabada de la realidad total. Mera grafía, sí, pero expresiva de una onda que se expande hasta dilatar su límite en la rotundez del globo en donde gira encerrada la visión sintética de una correspondencia evidente e ilustradora de un diálogo esencial, capaz de aniquilar las discrepancias ilusorias, tan perjudiciales, falsas e innecesarias, hasta llegar al mismísimo punto neurálgico de un posible conocimiento absoluto. Por lo tanto no sorprende para nada que tan intenso anhelo de comunicación se manifieste en esa forma dialogal que, en su maravillosa profusión multidimensional, aparece en la obra maestra de Aleixandre: *Diálogos del conocimiento.* Si el plural del título expresa inequívocadamente el reconocimiento de una realidad polifacética, afirma también, sin rodeos, la imprescindible transgresión de cualquier límite, término, borde o frontera que separe o impida toda comunicación integral, porque *estar* no cobra sentido sin *serse.* Aleixandre pugna en su poesía; y a través de ella, a su lector le da esta advertencia capital: que sin trascendencia, sin solidaridad continua, nada ni nadie tiene ningún sentido en sí y por sí solo. Agnóstico, él enseña al hombre contemporáneo que quiere asumir solo su destino, la dimensión de esta aventura y cuáles son los criterios y requisitos que le permitirán proseguir en su búsqueda. La salvaguardia de lo que él llama *vida* depende de la dinámica de las relaciones que vinculan el hombre al mundo de la misma manera que la capacidad de comunicarse con los demás se fundamenta en la sensibilidad humana hacia el principio del intercambio y repartimiento. Sin negar la individualidad, Aleixandre

muestra que ésta no es más que un aspecto reducido, parcial, de un tesoro común – el cosmos en su conjunto – y que la única garantía para su eclosión en la temporalidad, so pena de aislarse y acongojarse en una soledad irreductible, reside en esa aptitud de compartir. A cada uno de nosotros le incumbe encontrar en sus circunstancias el medio y camino de esta trascendencia que consiste en distinguir lo que Georges Haldas llama en su libro apasionante *L'état de poésie* «el prójimo en uno mismo». Siendo medio y camino del poeta, la poesía se ofrece como comunicación recíproca no sólo entre él y sus lectores, sino también entre todos los hombres. Y aunque es evidente la imposibilidad de que la mayoría de los hombres lean al poeta por motivos que no son del caso aclarar, sin embargo, aun teniendo en cuenta esta situación, y por lamentable que sea, el poeta, que es hombre y como tal intenta establecer un contacto con la muchedumbre mediante su obra, procura despertar en los hombres lo que generalmente puede conmoverlos. Pues el poeta – hay que insistir en ello – es el hombre. Por eso mismo, el poeta se da cuenta de que lo que él siente a través de la poesía, no es ni más ni menos que alguna parte del hombre. Aleixandre declara: «...sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.» El poeta nace, sí, pero él hace la poesía. «Hacer es vivir más»; se podría añadir: vivir más es metamorfosear lo que se hace para el prójimo y proponer un intercambio. Aleixandre lo reconoce expresamente cuando confiesa que «la poesía es siempre una pregunta que el poeta hace a los demás hombres y en el curso de su existencia va recibiendo a través de sus libros la respuesta que cada lector le va dando en su intimidad.»

En concordancia perfecta con su declaración (en el discurso de recepción del Premio Nobel), de que «en definitiva el poeta es así un hombre que fuese más que un hombre: porque es

además poeta», Vicente Aleixandre es en su vida y obra entera el cabal intérprete de su papel y oficio. Ya sea determinada por el fallo accidental de la salud, ya esté fundada en la apremiante prosecución y reivindicación del conocimiento, su vocación comunicativa aparece como la manifestación superior de quien no tiene más remedio que desentrañar la realidad para revelar – y sobre todo recordar con el máximo vigor a sus hermanos los hombres – que no hay vida ni solución fuera de la conciencia viva de unos arquetipos. Vate sí es el poeta, pero de lo que es y fué. El futuro que propone está sólo en la sombra del perenne diálogo fomentado por el verbo, más allá de la inmediata realidad de los sentidos que mantiene siempre, aunque oscuro y oculto, el principio de nuestra esencial relatividad. Así es como el poeta no es uno sino todos y como todos, gracias a su función, somos uno con él y por él.

Jacques Comincioli
Aargauische Kantonsschule Baden

NOTA

[1] Oficialmente llamada Calle Vicente Aleixandre desde 1977.